

Conservadores

Una de las principales fuentes de energía del sentimiento conservador es la idea de que la cultura contemporánea se halla contaminada por tendencias liberales, consumistas, anárquicas, narcisistas y escépticas. La ecología moral de nuestra cultura, según dice un autor, no nos permitiría ya respirar un aire fresco y saludable. La polución amenaza por todos lados: textos escolares que transmiten visiones distorsionadas de la historia, hipersexualidad de las modas, deterioro de los lenguajes cotidianos, medios de comunicación que erosionan la (alta) cultura, degradación del arte y cultivo del feísmo y las aberraciones, drogadicción en las calles, crisis de la familia, abandono de los valores y virtudes, etc. En efecto, el mundo imaginado por el pensamiento conservador es una pesadilla, como el infierno del Dante con sus círculos viciosos. ¿Dónde residiría el origen de los males presentes? En lo inmediato, en los grupos intelectuales progresistas, de cualquiera denominación o escuela, con su profusión de ideas contaminantes: nietzscheanas, deconstruccionistas, feministas, posmodernas y, hacia atrás, de extracción gramsciana, freudiana, marxista y positivista. No puede extrañar, por lo mismo, que el pensamiento conservador abrigue un profundo resentimiento anti-intelectualista. Las ideas son el enemigo; hay que librar y ganar guerras culturales. Más al fondo, sin embargo, el enemigo principal es la libertad de los modernos. Como ha dicho Gertrud Himmelfarb, la libertad absoluta tiende a corromper absolutamente; lo que toca, lo profana. Una libertad divorciada de las tradiciones y convenciones, de la moralidad y la religión, se convertiría en pura licencia, arrastrando tras de sí las jerarquías y los estamentos, dislocando los lazos de valor, destruyendo el tejido orgánico de la comunidad. Lo que viene después es la tierra baldía; aquella anticipada tantas veces por el discurso conservador: “donde han nacido muchos para el ocio, para vidas desperdiciadas y muertes miserables”. Aquí la contaminación es completa; el aire irrespirable: un mundo secular y desencantado, sin puntos fijos donde apoyarse, donde cada cual se hace a sí mismo, elige sus valores y se deja ir por la pendiente del menor esfuerzo, corriendo tras sus impulsos sin otro norte que satisfacer unos deseos emancipados de toda norma y sublimación. ¿Es seria y sostenible esta visión dantesca de las libertades modernas y del efecto de las corrientes progresistas en la cultura? El hecho de que ella sea expuesta repetitivamente por algunos comentaristas en la prensa no constituye, en efecto, certificado de seriedad ni le otorga sustentabilidad el fervor

con que se la expone. Al contrario, el anti-intelectualismo de esta forma de pensamiento --acompañado en Chile de un agudo parroquialismo-- termina restándole densidad académica y la convierte, más bien, en un conjunto de enunciados cargados de emoción pero vacíos de razón. Como ya había observado Mannheim en su tiempo, se trata de una ideología reactiva; una reacción frente al progresismo intelectual, pero que carece de una postura coherente frente a los fenómenos sociales. Menos aún, de una propuesta para su reforma o reconstrucción. Este vacío ha sido llenado por el programa neoliberal, produciendo una de las más paradójales uniones de hecho en la historia de las ideas contemporáneas. Conservadores-neoliberales, como abundan en nuestro medio, están sentenciados a vivir divididos. Unos y otros se han abrazado a su opuesto. Más sobre esto en la próxima columna.

José Joaquín Brunner